

# EL CATALAN SERRALLONGA, Y BANDOS DE BARCELONA,

DE DON ANTONIO COELLO, DON FRANCISCO DE ROJAS Y DON LUIS VELEZ DE GUEVARA.

## PERSONAS.

DON JUAN DE SERRALLONGA.	DON CARLOS TORRELLAS.	SOLDADOS.
DON BERNARDO, su padre.	DOÑA JUANA TORRELLAS.	ALCARAVAN, gracioso.
FADRÍ DE SAU, bandolero.	EL DUQUE DE CARDONA.	FLORA, criada.
	EL VEGUER.	PRESOS.—BANDOLEROS.

## JORNADA PRIMERA.

(DE DON ANTONIO COELLO.)

Salen SERRALLONGA Y ALCARAVAN.

SERRALLONGA.  
¿Fuése ya mi padre?

ALCARAVAN.

Si,  
Ya se fué; pierde el cuidado.

SERRALLONGA.

Mira si hay algun criado  
Que nos oiga por ahí.

ALCARAVAN.

Ninguno te puede oír.  
¿Qué pretendes ó qué quieres?

SERRALLONGA.

(Ap. Hoy morirán los Caderes.)  
Cierra, y vuélvete á salir.

ALCARAVAN.

¿Por qué?

SERRALLONGA.

No replique aquí  
Tu ignorancia.

ALCARAVAN.

Bien está;  
Voime, y cierro.

SERRALLONGA.

Nadie ya  
Nos puede estorbar.—Fadrí,  
Salir puedes; ¿dónde estás?

Abre una puerta, y sale FADRÍ DE SAU, bandolero.

FADRÍ.

Aquí estoy, y salgo ahora.

SERRALLONGA.

Ya de declararme es hora.

FADRÍ.

Confuso estoy.

SERRALLONGA.

Si estarás,  
Que mi recato ocasiona  
Cualquier duda.

FADRÍ.

Yo he llegado  
¡Oh Serrallonga! llamado  
De tí, dentro en Barcelona,  
El peligro atropellando  
Que ya pudiera temer  
Si aquí me llegase á ver  
La Justicia, de quien ando  
En los montes escondido,  
Foragido y bandolero.

SERRALLONGA.

Ya tu riesgo considero;  
Por eso el recato ha sido  
Con que te encerré en mi casa  
Para que nadie te viese;  
Nadie te ha visto.

FADRÍ.

No cese

Tu empresa. ¿Qué es lo que pasa?  
¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido?  
¿Para qué aquí me has llamado?  
¿Qué novedad te ha obligado?  
¿Cuál ocasion te ha movido?

SERRALLONGA.

A un empeño vas conmigo.

FADRÍ.

¿Es de honor ó amor?

SERRALLONGA.

De todo.

FADRÍ.

¿Pues qué intentas?

SERRALLONGA.

Buscar modo.

FADRÍ.

¿Con quién le hallarás?

SERRALLONGA.

Contigo.

FADRÍ.

¿Es grande la causa?

SERRALLONGA.

Es mucha.

FADRÍ.

¿Puedes declararte?

SERRALLONGA.

Sí.

FADRÍ.

¿A quién?

SERRALLONGA.

A un amigo.

FADRÍ.

Pues habla conmigo.

SERRALLONGA.

Escucha:

Ya sabes, y sabe el mundo  
Los bandos y enemistades  
Con que Narros y Caderes  
A Barcelona en dos partes  
Dividieron algun tiempo;  
De cuyo fuego, en la sangre  
Hereditado, entre cenizas  
Algunas centellas arden.  
Deste casi muerto ardor,  
Destos ya tibios volcanes,  
Y deste ya helado incendio,  
Dura en mis venas constante  
Alguna reliquia en odios  
Que heredé de mi linaje,

Que de los Narros antiguos  
Siguió las parcialidades.  
Primero esta enemistad  
Con los afectos neutrales,  
Como suspensa, en mi pecho  
Vivió sin ejercitarse;  
Que estando el odio sin uso  
Y el rencor sin declararse,  
Sin saber yo para qué,  
Le tuvo el alma constante  
Como guardado en mi pecho  
Para cuando me importase;  
Bien como el seco antuvion  
Del rayo, que despues sale  
En fuego, porque violento  
Tantas regiones taladre,  
Que está dentro de la nube  
Antes que se aparte y cuaje  
La sequedad, sin ser rayo  
Entonces, sino una fácil  
Materia, que está dispuesta  
Para serlo cuando nace.  
Esto fué mientras vivimos  
(Por el gusto de mi padre,  
Bernardo de Serrallonga)  
En esa aldea que yace  
A la falda de ese monte,  
Dos leguas de aquí distante.  
Mas viniendo á Barcelona  
(Aquí empiezan mis pesares)  
Sobre ciertas diferencias  
Que quiere mi honor que calle,  
Que aunque está sana la herida  
Se ven algunas señales  
Que hacen fealdad en el rostro.  
Aunque á su salud no agravién,  
Mas, ¿qué importa que lo diga?  
Dígallo yo mismo, y pase  
La vergüenza de ofenderme  
Por soborno de vengarme.  
En fin, don Félix Torreallas,  
Un caballero cobarde  
(Que quien se atreve á un honor  
No sabe bien lo que vale)  
Sobre detener acaso  
Una pelota (los lances,  
Aunque no los busque el cuerdo  
Su desdicha se los trae)  
Tuvo palabras conmigo,  
Que vinieron á enlazarse  
En agravios, pues don Félix  
Alzó la pala arrogante.  
Yo... no más, no más ahora,  
Que hasta que á vengarme pase,  
Cada vez que lo refiero  
En la senda de mis males  
He de rodear mi ofensa  
Y he de echar por otra parte.  
En fin, yo, furioso y ciego  
(Desde aquí puede contarse),  
Saco el acero ofendido,  
Y ántes de desenvainarle  
Ya estaba muerto don Félix;

Porque tiene calidades  
La espada del ofendido  
De rayo, que en un instante  
Arde relámpago, trueno,  
Nace, suena, alumbra y parte.  
No tanto cuando el Enero  
Tiñe el cabello á los sauces,  
Bajan lluvias de la nube  
Que es bajo seno del aire;  
No tan presto del granizo  
Las candidas impiedades  
Tejiendo blancura en copos  
Afectan la luz al valle,  
Como en un instante cubren  
Los Caderes sus parciales,  
En venganza de don Félix,  
Las plazas, campos y calles;  
Contra mi vida se irritan,  
Y yo arrestado á librarme  
O morir, permitió el cielo  
Que de muchos se embaracen.  
Para esta ocasion, Fadri,  
Eran los tibios volcanes,  
Que, astrólogo de mi afrenta,  
Quiso mi pecho guardarme;  
Para ahora la materia  
Del rayo, que sin formarse,  
Se iba disponiendo á fuego,  
Estuvo oculto en mi sangre.  
Ardió Barcelona en iras,  
Volviendo á resucitarse  
Los Narros y los Caderes;  
Y del fuego que ardió antes  
Sopló otra vez la venganza  
Las cenizas, y al instante  
En la fragua de la ira  
Volvieron á arder con sangre.  
Dejo huyendo á Barcelona,  
Entro en Francia, paso á Flándes,  
Discurro á Italia, entre tanto  
Que en Barcelona mi padre  
Negociar pudo el perdón,  
Ya que no en las amistades;  
Porque don Carlos Torrellas  
Que insta de la otra parte  
Por ser primo de don Félix,  
Jnrando que ha de matarme  
Por su mano, á la Justicia  
No ha querido querellarse.  
Yo, despues de seis Abriles,  
Vuelvo ciego y arrogante,  
Que sabiendo su intencion,  
Quise cuerdo anticiparme  
A dar la muerte á don Carlos;  
Paso atrevido los Alpes,  
Mido á Francia, llevo á vista  
De los montes catalanes,  
Piso escondido sus cumbres;  
Y al pié de un risco, á quien bate  
La municion de un arroyo  
Pólvora de plata errante,  
Voces de léjos escucho;  
No averiguo hácia qué parte;  
Confuso las plantas nuevo,  
Ignoro hácia dónde pare.  
Otra vez oigo las quejas  
Que fueron nortes vocales,  
Y á la salida del bosque  
Descubro hácia aquella parte  
Una quinta ó casería  
De donde las voces salen.  
Breve Troya era la quinta,  
Todo es humo, en llamas arde;  
Sus trechos, sediento el fuego,  
O se los bebe ó los lame.  
Entro allá, mis pasos guia  
No sé qué oculto dictámen,  
Y á una cnadra, á cuya puerta  
Cegó el humo los umbrales;  
Osadamente me arrojé,  
Piso las sombras cobardes;  
Sulco el humo (¡fuerte empeño!)

Desprecio el fuego (¡accion grande!)  
Venzo el horror (¡qué osadía!)  
Y en la cuadra (¡qué pesares!)  
Y entre la llama (¡qué penas!)  
Hallé de esta suerte un ángel.  
Sin púrpura el rostro bello,  
El aliento en sí embebido,  
Sin orden puesto el vestido,  
Sin ley vagando el cabello,  
Anegado en oro el cuello,  
Neutral é incierta la vida,  
Yerta el alma y encogida,  
Todo alborotado el pecho,  
Fiada al brazo y al lecho  
La vi al desmayo rendida.  
Muerta el temor la creia,  
Que el vivir disimulado  
Y el pulsar mal declarado  
Muerta el tacto la fingia;  
Sola la vista decia  
Viendo la beldad tan cierta:  
Mujer, mis dudas concierta,  
Porque en pena tan esquivada  
Poco sientes para viva,  
Mucho matas para muerta.  
Embebido en su hermosura,  
De su remedio un instante  
Se olvidaron mis sentidos;  
Pero volviendo á cobrarme  
Con temeridad piadosa  
(Que hay justas temeridades)  
Me atrevi á encargar de mí  
A la luna en luz menguante;  
Que como á sus mismos ojos  
Le mendigó los celajes,  
Padeció este eclipse el tiempo  
Que quisieron ocultarles  
Dos breves orbes de nieve,  
Partido el sol de azabache.  
Cójola en brazos resuelto,  
Y como senti abrasarme  
El rostro en llamas, temí  
Que fuesen las materiales,  
Y no era sino el cabello  
Que en dulces actividades,  
Peinado elemento, ardia  
Con incendios más suaves.  
Encárgoles á mis penas  
Que con muda voz la hablen;  
Hablan todos mis afectos,  
Ella está sorda á mis males,  
Y yo aquel no responderme  
Me finjo que es escucharme.  
En esto vi que su rostro  
Del mio empezó á apartarse  
Con unos como desdenes,  
Que sin eleccion se hacen;  
Y luego dije: Sin duda  
Que vuelve á vivir, pues trae  
Por indicio de su vida  
Empezar á hacer crueldades;  
Que de vivir una hermosa  
Son las mejores señales.—  
Dió un suspiro, y yo turbado  
La dije: No hay ley que mande  
Que, siendo yo quien los sufro,  
Vos me suspireis los males.—  
No sé qué la dije más;  
Que locuras de un amante,  
Al decir las son lisonja  
Y al repetir las desaire.  
Respondiome, agradeciendo  
Su libertad, al mirarme,  
Aigo más que agradecida,  
Entre señas y ademanes,  
Con lenguaje reprimido  
La entendí algunas verdades  
Que me las calló la lengua  
Y me las habló el semblante.  
Suspense estuve en mis dichas,  
Cuando en voces desiguales  
Confuso estruendo me turba,

Cercándome en un instante  
Diez hombres, que de las charpas  
Esgrimen los pedernales.  
Saco la espada brioso,  
Cuando tú, Fadri, llegaste  
A reprimir con tu vista  
Mi denuedo y su coraje.  
Respetan su capitan,  
Y como amigo el más grande,  
Tú me abrazas, yo te pido  
Que á tus handoleros mandes  
Que dejen libre á mi dama;  
Ella llora, tú lo haces;  
Y por venir un soldado  
De los tuyos á avisarte  
Que gran gente mide el bosque,  
Fué forzoso el emboscarte  
Con tu gente en la espesura  
Y yo contigo empeñarme.  
Despidome de mi dueño,  
Que pidió que la dejase  
En la quinta; y al partirme,  
Entre amorosa y cobarde,  
Me dijo: «Adios, caballero,  
Que las acciones y el talle,  
Aunque no os conozco, dicen  
El valor de vuestra sangre.  
Idos con Dios, y creed  
Que vuestros méritos hallen  
En Barcelona algun dia  
Paga de deudas tan grandes:  
Quizá allá sabreis quien soy;  
No es tiempo ahora, buscadme,  
Id á la iglesia Mayor,  
Que allí os hablaré, y dejadme;  
Adios, que vendrá ya quien  
No es bien que conmigo os halle.»  
Dejéla, seguí tus pasos,  
Vineme, como tú sabes,  
A Barcelona, y despues  
De dos meses no cabales,  
Tapada la hallé en la iglesia;  
No sé quién es, ni ella sabe  
Quien soy, que para con ella  
Soy don Alonso de Chaves,  
Forastero y castellano;  
Supe que iba á Monserrate;  
Que se adelantó un su hermano;  
Y entre tanto, por robarles,  
Pusieron fuego á la quinta  
Y fueron luego á avisarte  
Tus soldados, y á este punto  
Llegué yo y tambien llegaste,  
Y sucedió lo que viste.  
Esto, en cuanto á esta parte  
Es el suceso; oye ahora  
El empeño que no sabes.  
Amor y venganza viven  
En mi pecho tan iguales  
Que por un nivel dividen  
De mi afecto las mitades.  
Viva, pues, mi amor, y ponga  
A aquella adorada imágen  
En el templo de mi fe  
Imaginarlos altares.  
Viva mi veuganza, y mueran  
Cuantos Caderes infames  
Sangre tienen de don Félix,  
Que fué quien pudo agravarme.  
Muera don Carlos, que quiere  
Darme muerte, y de su sangre,  
No haya gota en Cataluña  
Que en hidrópicas crueldades  
No se sorba, no se beba  
Esta sed de mi coraje;  
Que yo hoy intento, Fadri,  
Si me ayudas, si me vales,  
La hazaña más invencible,  
La resolucion más grande.  
La más sangrienta venganza  
Que en todo el espacio cabe  
De esa singular carrera

De siglos y eternidades.  
No haya piedra en Barcelona  
Que no se tiña y se manche  
Con sangre de los Caderes;  
Horror han de ser sus calles,  
Lástimas serán sus templos,  
Que en rabias, iras y males,  
Aunque lo estorbase el mundo,  
Y aunque el cielo lo estorbase  
Han de morir los Caderes  
Y mi deshonra. Mi padre.

*Sale DON BERNARDO, viejo, con hábito de Montesa.*

DON BERNARDO.  
No harán, porque podrá ser  
Que Dios los pasos te ataje.

SERRALLONGA.  
Advierte, Señor...

DON BERNARDO.  
Prosigue,  
No te turbes ni embaraces;  
Que si Dios no te refrena,  
¿Cómo te detiene un padre?  
Acaba, acaba con todo,  
Agote tu furia infame  
Todas las vidas del mundo,  
Extingue de un golpe fácil  
Toda la naturaleza,  
Bébele al mundo la sangre;  
Y aun no sé si hay harta en él  
Para que tu sed se apague;  
Bárbaro, ¿tú eres mi hijo?  
¿Tú eres humano? Algun áspid  
Trocó la naturaleza,  
O por su aborto, los Alpes  
En la escuela de sus riscos  
Te doctrinaron crueldades.  
Siempre en odios, siempre en iras,  
Siempre en muertes, siempre en ma-

[les,  
Siempre en venganzas, ¿qué es esto?  
¿Alguna fiera indomable  
Te abrigó en ardiente cuna  
De Libia en los arenales?  
¿Qué te han hecho los Caderes?  
Si tú á don Félix mataste,  
¿Qué pretendes más? ¿qué quieres?  
Mira que es valor cobarde  
El que pasa de la muerte  
Los nunca hollados umbrales.  
Déjalos, no los persigas;  
Si de piedad no lo haces  
Perdónalos de valor;  
Que á veces es importante  
Al persuadir las virtudes  
Sobornar las vanidades.  
Si algun escrúpulo tienen  
Tus locuras, por quitarle,  
Hoy con don Carlos Torrellas  
(Que en efecto soy tu padre)  
He de tratar, hijo mio,  
De hacer estas amistades.  
Y el mejor medio de todos  
Para hacer aquestas paces,  
Ha de ser que yo proponga...  
Pero yo me llevo á hablarle,  
Que hasta tener la respuesta  
No quiero dello informarte.

SERRALLONGA.  
Detente, Señor, espera,  
No te empeñes, no te canses;  
¿Yo de medio con don Carlos,  
Y que al haber de tratarle,  
Contra mi opinion, se vaya  
A proponer de mi parte  
Mientras cifo aqueste acero?  
Primero un cucillo infame,  
Por traidor, tiña mi cuello  
En vergonzosos esmaltes:

Primero tú mismo, tú  
Me entregues para matarme,  
Y aqueste acero que empuño...

DON BERNARDO.  
Bárbaro, traidor, cobarde;  
Que no sabe ser valiente  
El que ser tan crüel sabe,  
¿Eso respondes?

SERRALLONGA.  
Señor...

DON BERNARDO.  
Suelta aqueste acero, infame;  
(Quitale la espada.)

Aqueste es el instrumento  
Con que tantos males haces;  
Pues yo quitártele quiero,  
No es bien que á tu lado ande,  
Pues no es templada defensa  
En tí, contra quien te agravie,  
Sino instrumento que sirve  
Sólo de insultos y males.

SERRALLONGA.  
¿La espada me quitas?

DON BERNARDO.  
Sí,

Que los hombres que no saben  
Usar della como nobles,  
Justo es que sin ella anden  
Como locos y mujeres,  
Deslumbrados y cobardes.  
Yo te ceñi aqueste acero  
Que fué mio y de mi padre,  
Cuando en hazañas bonrosas  
Entendí que le empleases;  
Mas viendo ahora que sólo  
Te sirve para maldades,  
Vuelva á mi lado otra vez,  
Para que se desagravien  
Los filos, que la razon  
Sólo destrudó en las paces.  
El padre y el hijo son  
Uno mismo en dos mitades,  
Y estando inútil la una,  
Por viejo, en mí, á la otra parte  
De mí mismo la encargué  
Que este acero gobernase.  
Mas viendo ahora que aquesa  
Hoy tan mal regirla sabe,  
Vuelva estotra mitad mia  
Otra vez á gobernarle.  
Esgrímale la cordura,  
No el rigor, para que ande  
Espada, que honrada ha sido,  
Bien regida como antes.  
Y vos, hidalgo, advertid,  
Que en casas tan principales  
No alenteis la juventud  
Ni apoyeis atrocidades.

SERRALLONGA.  
Mira, Señor, que no es justo  
Que la espada...

DON BERNARDO.  
Aparta, infame,  
No traiga espada quien sólo  
Para delitos la trae. (Vase.)

FADRI.  
Vive Dios, que ha sido mengua,  
Aunque debes respetarle,  
Sufrir tanta demasia.

SERRALLONGA.  
Entre todas mis maldades,  
Sólo me ha quedado bueno  
Este respeto á mi padre.

*Sale ALCARAVAN.*

ALCARAVAN.  
Ya supe la causa, donde  
Te quiere hablar esta tarde

El tapadisimo enigma,  
El cubertisimo ángel.  
Que su criada en la iglesia  
Me esperó para informarme.

SERRALLONGA.  
Pues adios, Fadri, que es fuerza  
Acudir al punto; dame  
Tu espada y delante guia.

ALCARAVAN.  
Dóitela y guío delante.

SERRALLONGA.  
Vuelve á cerrar mientras vuelvo.

FADRI.  
Aquí me hallarás constante.

SERRALLONGA.  
Valiente estoy con tu ayuda.

FADRI.  
Siempre estaré de tu parte.

SERRALLONGA.  
Han de morir los Caderes.

FADRI.  
Corran de su sangre mares.

SERRALLONGA.  
Pues callar y obrar, Fadri.

FADRI.  
Silencio, y las obras hablen.

(Vase.)  
*Salen DOÑA JUANA Y FLORA.*

FLORA.  
Ya le di al criado señas  
De la casa.

DOÑA JUANA.  
Ya vendrán.

FLORA.  
Confieso que es muy galan  
El hombre con quien te empeñas;  
Pero á mucho te resuelve  
Tu amor. ¿Tú hablarle en tu casa?

DOÑA JUANA.  
Amor, que rocas abrasa,  
Mi honor en cenizas vuelve;  
El no sabe quien yo soy,  
¿Pues qué resultar podría  
Si él no sabe que es la mia  
Aquesta casa en que estoy?

FLORA.  
Hoy que son Carnestolendas,  
Que se suelen celebrar  
Tanto en aqueste lugar,  
En cualquier mujer de prendas,  
Hoy la costumbre dispensa  
Lo que el recato prohibe;  
Mas amándole, recibe  
Tu honor, con llamarle, ofensa;  
Fuera de que en casa tiene  
Otro peligro mayor,  
Si tu hermano y mi señor  
Don Carlos Torrellas viene.

DOÑA JUANA.  
Flora, no me persuadas,  
Mejor será que me abales  
A don Alonso de Chaves,  
Pues más con esto me agradas.  
Dime tú: si agradecida,  
Sobre enamorada quiero;  
Si en la quinta fué su acero  
El remedio de mi vida,  
¿Es mucho, di, que obligada,  
Lo que hiciera sola ella  
Haga mi deuda y mi estrella  
Una con otra ayudada?  
Haga, pues, mi amor su oficio,  
Si es tan justa su pasion  
Que nació en la inclinacion  
Y creció en el beneficio.

FLORA.  
Salgo, pues, que me parece  
Que deben ya de esperar  
En la calle.

DOÑA JUANA.  
Ve á llamar  
A quien mi afición merece.  
Amor, si soy tus despojos,  
Ardo en disculpable fuego,  
Pues lo que en todos es ciego,  
Viene á mi abiertos los ojos.  
En mi obligación empieza  
Mi amor, y siendo mujer,  
Amar por agradecer  
Fue mudar naturaleza;  
Y aunque es viciosa inquietud,  
Amor torciendo su oficio,  
Por ser oficio tan vicio  
Empezando por virtud.  
El rostro encubrir me tengo,  
Porque no sepa que estoy  
En mi casa, ni quien soy,  
Sino que á esta casa vengo  
Con el disfraz de estos días,  
Donde la licencia pasa  
A entrarse en cualquiera casa  
Con comunes alegrías,  
Sin que aquesto se murmure;  
Diréle que es de una amiga  
Esta casa; esto me obliga  
Para que más me asegure.

Salen SERRALLONGA y FLORA.

SERRALLONGA.

¿Entró mi criado?

FLORA.

Si;

Mas díjeme que se fuera,  
Y fué á la calle á esperaros  
Para dar menos sospecha.  
Allí está, llegad á hablarla,  
Pero con recato sea,  
Que esta casa es de una amiga  
Y en ella hablaros intenta  
Mi ama.

(Pónese doña Juana una mascarilla.)

SERRALLONGA.

Seré de mármol

Suspendido en su belleza.  
Descubrid, hermoso asombro,  
El velo, que avaro niega  
Esa breve sombra al día  
De ambiciosa ú de grosera.  
Nunca amaneció tan tarde;  
Mirad que el mundo se queja  
Que se esté en medio del día  
Reacia la noche negra.  
Si junto del sol, eclipsan  
Al sol nubes avarientas;  
¿Mas cuándo fueron del sol  
Pretendidas las tinieblas?  
Amaneced, luz hermosa,  
Porque yo, como me vea  
Pidiendo al planeta tardo  
Ya ardores y ya influencias,  
Estaré mal con el día  
En que tuvo el sol pereza.

DOÑA JUANA.

Señor don Alonso, amor,  
Que ejecuta como deuda,  
Todo el mérito le quita  
A la elección ó á la estrella.  
Yo no os debo nada á vos;  
Dejadme olvidar y sea  
Conocimiento el amaro  
Y no el pagaros nobleza.  
Sólo inclinada os admito;  
Que es de mis afectos mengua,  
Que no os ame porque os ame,

Sino porque os agradezca.  
Muy absoluta en el alma  
Toda el alma señorea  
La parte de agradecida,  
Y ningún lugar le deja  
A la fe de enamorada;  
Pues para que así no sea,  
Quieraos yo como inclinada,  
No de agradecida os quiera;  
Prefiera el mérito ahora,  
Pues á pesar de la deuda,  
Lo que le quito á la paga  
Se lo añado á la fineza.  
Viva, pues, mi fe tan pura...  
¿Mas ay de mí! gente suena.

Sale FLORA asustada.

FLORA.

¿Mi Señor!

DOÑA JUANA.

¿Válgame el cielo!

SERRALLONGA.

¿Pues qué os asusta y altera?

DOÑA JUANA.

Idos presto, idos aprisa,  
Que soy más de lo que piensan;  
Turbada estoy. Y mi padre...  
Mi hermano...

FLORA.

Mirad que llegan.

DOÑA JUANA.

Idos aprisa; anda Flora;  
Echale por la otra puerta  
Del jardín, y vuelve luego  
Dando á la calle la vuelta.

SERRALLONGA.

A estos desaires se pone  
Quien no sabe donde entra.

(Vanse Serrallonga y Flora.)

Sale DON CARLOS.

DON CARLOS.

¿Estás sola?

DOÑA JUANA.

Sola estoy.

DON CARLOS.

¿No ha venido doña Elena  
Ni las damas que esta noche  
Han de ir contigo á la fiesta?

DOÑA JUANA.

No han venido.

DON CARLOS.

¿Quién estaba  
Contigo aquí?

DOÑA JUANA.

¿Hablas de veras?  
DON CARLOS.

De veras lo digo, y tanto...

DOÑA JUANA.

¿Qué tienes, Carlos? ¿qué piensas?

DON CARLOS.

Tengo una hermana, que hasta  
Para tener muchas penas.

DOÑA JUANA.

¿Pues qué dices?

DON CARLOS.

Doña Juana,  
Hay cosas de tal manera,  
Que no hay modo de decirlas,  
Aunque decirlas es fuerza.  
Sólo digo (Ap. Sola esta  
Parece es necia sospecha.)  
Que no hay vidas que á mi honor  
Hartas, Juana, se parezcan

Para quitar mi venganza,  
Si en algún tiempo se mezcla  
Con la de algún Serrallonga  
La sangre de los Torrellas.

DOÑA JUANA.

¿Qué dices? ¿Estás en tí?  
Juzgo, don Carlos, que sueñas.  
¿Esa libertad me dices?  
Vive Dios, que si no fueras  
Mi hermano... ¿Qué Serrallonga  
Es el que dice tu lengua?  
Vuelve en tí, que si importará  
Que satisfacción te diera,  
Por todos los cielos juro,  
No sólo que tus sospechas  
Son falsas, mas que en mi vida  
Le he visto, ni se me acuerda,  
Ni conozco á Serrallonga.  
¿Quieres más?

DON CARLOS.

Yo vi á la puerta  
Desde el coche del Virey,  
Pasando acaso por ella,  
Entrarse acá dentro un hombre  
Que en el talle y en las señas  
Me pareció á Serrallonga;  
Y el respeto y la presencia  
Del Virey, no dejó entonces  
Averiguar mi sospecha.  
Vine en pudiendo á mi casa,  
Y aunque poco indicio sea,  
Como es tanto el odio mio  
Sin que en el alma cupiera,  
Salir quiso en amenazas  
Y brotó luego á la lengua.

DOÑA JUANA.

Esto es verdad.

DON CARLOS.

Yo te creo.

Sale FLORA.

FLORA.

Para entrar pide licencia  
Bernardo de Serrallonga.

DON CARLOS.

¿Qué es lo que escucho!

DOÑA JUANA.

¿Hay tal nueva!

DON CARLOS.

Y si acaso esta visita...

DOÑA JUANA.

¿Qué me miras? ¿Hay tal tema?  
Digo que no le conozco.  
(Ap. Bueno es esto; si supiera  
Que es mi dueño don Alonso...)

DON CARLOS.

¿Que á mi casa se me venga  
El padre de mi enemigo!  
¿Vive Dios...

DOÑA JUANA.

Sabe que intenta...

DON CARLOS.

De cólera estoy temblando;  
Entre.

FLORA.

Ya tenéis licencia.

Sale DON BERNARDO.

DON BERNARDO.

Extraña se os habrá hecho  
Esta visita tan nueva.

DON CARLOS.

Yo os confieso que la extraño.  
Hablad.

DON BERNARDO.  
De espacio os quisiera.

DON CARLOS.

Yo nunca á mis enemigos  
Los hablo con tanta flemma,  
Ni dentro en mi casa misma;  
Y así, salgamos afuera,  
O al portal, para que vos  
Podais hablar fuera della  
Con más libertad, y yo  
Responder, sin que parezca  
Que el estar dentro en mi casa  
Le da más brio á mi lengua.  
(Entranse por una puerta, y salen por otra.)

DOÑA JUANA.

¿Válgame el cielo! ¿Qué intenta  
Mi hermano? Yo salgo á oírlos,  
Aunque parezca indecencia.

DON CARLOS.

Ya estamos en el portal;  
Denme los cielos paciencia.

DON BERNARDO.

¿Qué léjos estais, don Carlos,  
De mi intención justa y buena!  
No como á enemigo os busco,  
No es rencor el que me lleva,  
No es odio el que aquí me trae;  
Antes es celo, que intenta  
Reconciliar estos odios  
Que vuestras vidas inquietan.  
No duren en pechos nobles  
Venganzas que tienen hechas  
En lo más hondo del alma  
La raíz que las sustenta.  
Con harta sangre están ya  
Lavadas estas ofensas,  
No hay rastro ya que las siga,  
Borradas están las señas;  
Y si alguna hay, es porque  
La venganza las acuerda.  
Ya está contento el honor,  
Que tiene limite y rienda  
En las vidas, y el furor  
Es el que no se contenta.  
El perdón ó la venganza  
Hemos de elegir; pues ea,  
Uno de los dos elija;  
Dios en el perdón se emplea,  
El hombre en venganza trata,  
Bien se ve la diferencia.  
Dios se vengará, si acaso  
La venganza fuera buena;  
Luego el perdonar es honra  
Y la venganza baja,  
Pues que solo Dios perdona  
Y solo el hombre se vengá.  
Háganse estas amistades,  
Narros y Caderes sean  
Unos propios, y escuchadme,  
Para que tenga la fuerza  
Ayudada con la sangre  
Aquesta amistad estrecha,  
Yo, don Carlos, tengo un hijo,  
Que sobre heredar mi hacienda,  
Que no hace el valor melindre  
Hablando destas materias,  
En tratar del interes,  
Que es la mejor conveniencia.  
En fin, ya le conoceis,  
Mi hijo por su nobleza,  
Por su valor, por sus partes  
(Aunque con alas de cera)  
Pretende subir al sol  
De vuestra hermana en belleza.

DON CARLOS.

¿Mi hermana con vuestro hijo?  
¿Buena igualdad! ¿Qué dijera  
Cataluña y todo el mundo?

DON BERNARDO.

Apártate, hermano, y deja  
Que á tan resuelta osadia  
Castigue yo con la lengua,  
Que es la más cruel espada,  
Pues es herida la afrenta.—  
¿Qué atrevimiento ha movido  
Tu voz? ¿Y qué violencia,  
Para pronunciar agravios  
Que á mi vanidad se atrevan?  
¿Yo con tu hijo? ¿Qué dices?  
¿Cuándo, si el Boreas anhela  
Subir al Olimpo altivo  
Que más que las nubes trepa,  
En la mitad del camino  
Cansado el Boreas no queda?  
¿Cuándo vapor contra el sol  
Se tejió en nubes ó en nieblas,  
Que á sus rayos no quedase  
El roto y ellas deshechas?  
Suban, pues, al sol y Olimpo,  
Ya altivas ó ya groseras,  
En viento esas osadías  
Y en vapor esas ofensas;  
Que del Olimpo y el sol  
Al ardor y á la eminencia  
Quedará el vapor sin forma,  
Quedará el viento sin fuerza.

DON CARLOS.

¿Oh qué gracias quimeras!  
Idos aprisa, idos luego;  
Y para que no parezca  
Que por viejo me adelante  
Con vos en esta respuesta,  
Un hijo tenéis que es mozo,  
Andad, decid que os defienda;  
Idos aprisa.

DON BERNARDO.

Ya voy.  
DOÑA JUANA.  
Vamos, por loco le deja.  
¿Oh qué union tan acertada,  
Serrallongas y Torrellas!  
(Vanse doña Juana y don Carlos.)

DOÑA JUANA.

Apártate, hermano, y deja  
Que á tan resuelta osadia  
Castigue yo con la lengua,  
Que es la más cruel espada,  
Pues es herida la afrenta.—  
¿Qué atrevimiento ha movido  
Tu voz? ¿Y qué violencia,  
Para pronunciar agravios  
Que á mi vanidad se atrevan?  
¿Yo con tu hijo? ¿Qué dices?  
¿Cuándo, si el Boreas anhela  
Subir al Olimpo altivo  
Que más que las nubes trepa,  
En la mitad del camino  
Cansado el Boreas no queda?  
¿Cuándo vapor contra el sol  
Se tejió en nubes ó en nieblas,  
Que á sus rayos no quedase  
El roto y ellas deshechas?  
Suban, pues, al sol y Olimpo,  
Ya altivas ó ya groseras,  
En viento esas osadías  
Y en vapor esas ofensas;  
Que del Olimpo y el sol  
Al ardor y á la eminencia  
Quedará el vapor sin forma,  
Quedará el viento sin fuerza.

DON BERNARDO.

Sin duda alguna, don Carlos  
(Que á vos por dama os respeta  
Mi nunca olvidado estilo),  
Que según vuestra respuesta,  
Aun no me habeis conocido.  
Sabeis que en la paz y guerra  
Bernardo de Serrallonga,  
Por su espada y su nobleza,  
Fue espejo de Barcelona  
Como aquesta cruz lo muestra.  
¿Conoceisme?

DON CARLOS.

Ya os conozco;  
Quizá si no os conociera  
No hubiera sentido tanto  
La caduca intención vuestra;  
Mas porque os conozco tanto,  
Me ha enojado vuestra lengua;  
Pero por viejo os perdono.

DON BERNARDO.

Vive Dios, que mi nobleza  
Es timbre de Barcelona,  
Es mucho más que la vuestra;  
Y aunque caduco, esta espada...

DON CARLOS.

Castigará mi soberbia  
Esa desvergüenza ahora,  
A no mirar que era mengua  
Matar á un muerto, que ya  
Alienta y respira apenas.

DON BERNARDO.

Ahora verás, cobarde.

DON CARLOS.

¿Oh qué gracias quimeras!  
Idos aprisa, idos luego;  
Y para que no parezca  
Que por viejo me adelante  
Con vos en esta respuesta,  
Un hijo tenéis que es mozo,  
Andad, decid que os defienda;  
Idos aprisa.

DON BERNARDO.

Ya voy.

DOÑA JUANA.

Vamos, por loco le deja.  
¿Oh qué union tan acertada,  
Serrallongas y Torrellas!  
(Vanse doña Juana y don Carlos.)

DON BERNARDO.

¿Quedamos buenos, honor!  
Canas, decid, ¿quedáis buenas!  
¿Qué ocasion busca la vida  
Si no acaba en esta afrenta?  
¿Yo ultrajado de don Carlos?  
¿Mal haya el hombre que llega  
A tiempo, que estando vivo,  
Está muerto á su defensa!  
Voy á buscar á mi hijo;  
Adios, casa, donde quedan  
Tantos testigos que parlen  
Mis desprecios, mis ofensas;  
Que pues las paredes oyen,  
También hablarán sin lengua.  
Ea, piés torpes, andad  
A buscar quien os defienda;  
¿Dónde vais, pasos cobardes?  
¿Dónde caminais? ¿qué senda  
Hacia mi venganza os guía?  
¿Qué sin tino, qué sin rienda,  
Las calles piso y las plazas  
Con plantas torpes y ciegas!  
Cielos, ofensas escucho  
Sin poder satisfacerlas.  
Aquél que no tiene manos,  
¿Oh nunca tuviera orejas!

Salen SERRALLONGA y ALCA-  
RAVAN.

ALCARAVAN.

¿Que volviéses te mandaron?

SERRALLONGA.

Si.

ALCARAVAN.

Pues la calle es aquella.

Pero allí viene tu padre.

SERRALLONGA.

Apártate, no me vea;  
Toma esta espada, que es justo  
Que áun en esto le obedezca.  
Ya me ha visto.

DON BERNARDO.

Espera, aguarda,  
Hijo. ¿Qué escondes? ¿qué intentas?

SERRALLONGA.

Nada, Señor.

DON BERNARDO.

No lo ocultes.

SERRALLONGA.

Señor, esta espada era,  
Que como enojado hoy  
Me privaste que trajera  
Espada, yo la escondía  
Por no quebrar mi obediencia  
El orden.

DON BERNARDO.

Ya es tiempo, hijo,  
De diferenciar de quejas;  
Hoy, evitando venganzas  
De rencores y de ofensas,  
Cuerto, templado y piadoso,  
Te quité esta espada mesma;  
Y hoy mismo (repara cuánto  
Un instante diferencia)  
Te vuelvo ahora la espada  
Porque vuelvas á usar della.  
Ya puedes traer espada;  
Colige tú ahora, y piensa  
Que por excusar venganzas  
Te quité que la trajeras,  
Cuál será la causa ahora  
Porque otra vez te la vuelva.

SERRALLONGA.

Habladme claro, Señor.  
¿Qué decís? Mirad que piensa  
Mi temor mil desatinos,  
Mejor es que el caso sepa.

DON BERNARDO.  
Pues para hablarte más claro:  
Deseando que tuvieran  
Fin a estas disensiones,  
Hablé a don Carlos Torrellas,  
Y pidiéndole a su hermana  
(Las lágrimas no me dejan)  
Para casarla contigo,  
Me respondió de manera  
Que (mas no quiero decirlo)  
Despreciando mi nobleza,  
Con tantos ultrajes tuyos  
Que no es bien que me enternezca  
Cuando mi honor pide a voces,  
Ardiendo tibio en mis venas,  
Que me venga yo en tu mano  
Pues es una cosa mesma.  
Hoy te dije, que hijo y padre  
Un todo en dos partes eran;  
Y viendo que la una parte  
Se portaba sin prudencia,  
Te quité la espada entonces,  
Creyendo que la rigiera  
Mejor esta otra mitad  
De mi mismo, por más cuerda.  
Yo la traje, y pues tan presto  
Di della tan mala cuenta.  
Razon es que a esotra parte  
De mi mismo se la vuelva;  
Que es justo, pues te la quito  
Cuando tan mal la gobiernas,  
Que tú también me la quites,  
Pues no he sabido usar della.

SERRALLONGA.  
Pues yo vuelvo, padre amado,  
A ceñirme en tu defensa  
Esta espada; ya sé, padre,  
La obligación con que llega;  
En mucho empeño me pones,  
En mucho lance me empeñas,  
Pues de mi mejor mitad  
Para mi esta espada apela.  
Pero ya que me la ciño,  
Hago juramento, puesta  
La mano sobre la cruz,  
Por la vida que me alienta,  
Por esas luces del cielo  
Que son mariposas bellas  
Que en el luminar segundo  
Trémulamente se queman,  
De no ver al sol la cara  
Hasta dejarla sangrienta  
En su sangre fermentada.  
Sin dejar de los Torrellas  
Una gota en Barcelona,  
Que mi agravio no se beba.

DON BERNARDO.  
Pues esta noche concurren,  
Como son Carnestolendas,  
Todos los Caderes juntos  
Con saraos y con fiestas  
A solemnizar el día  
En una quinta, que besa  
Los muros de Barcelona.

SERRALLONGA.  
Pues buena ocasión es esa;  
Yo haré que Fadri, mi amigo,  
Junte con sólo una seña  
Su escuadra, que son cien hombres,  
Y con su favor, cubierta  
Quedará la quinta en sangre  
De Caderes y Torrellas.

DON BERNARDO.  
Pues, hijo, a vengar mis canas.

SERRALLONGA.  
Pues, padre, a lavar mi ofensa.

DON BERNARDO.  
;Pues vivan los Narros!

SERRALLONGA.  
;Vivan!

DON BERNARDO.  
;Mueran los Caderes!

SERRALLONGA.  
;Mueran!  
(Vanse.)

Salen DON CARLOS Y EL VEGUER,  
en traje de máscara los dos.

VEGUER.  
Galan, don Carlos, venis.

DON CARLOS.  
;No vengo bien disfrazado?

VEGUER.  
No hay dama ni caballero  
De nuestra sangre, entre tantos,  
Que falte a la fiesta.

DON CARLOS.  
Sólo,

El odio antiguo guardando,  
No ha venido acá ninguno  
De la facción de los Narros.

(Van saliendo uno a uno todos los de la  
máscara bizarramente, y entrán-  
dose, salen con mascarillas.)

VEGUER.  
Y Caderes, ¿cuántos vienen?

DON CARLOS.  
Esperad, que van pasando.  
;Bravos disfraces!

VEGUER.  
Famosos.

DON CARLOS.  
Pues entremós, ¿qué aguardamos?  
Que ya la música quiere  
Empezar el festín.

VEGUER.  
Vamos.  
(Vanse.)

Salen LOS MÚSICOS Y LOS DE LA MÁSCARA  
a danzar.

MÚSICA.

En el postrero día  
Que le permite al tiempo la alegría,  
Cuando ufana corona  
De belleza sus calles Barcelona,  
Y en vistosos pensiles,  
Marzo se vuelve ejércitos de Abriles,  
Entre dulces contiendas  
Haciendo estaba Amor Carnestolendas:  
Arrímese la lengua castellana,  
Que alarde quiere hacer la catalana.

Salen DON CARLOS Y DOÑA JUANA.

UNA. (Canta.)  
¿Qué ha de ser de una dona  
Que no tiene dinés?

OTRA. (Canta.)  
Que si es molt fermosa,  
Ser lo peor qui es.

UNA. (Canta.)  
Ay, ay, qué dolor  
Que tiene al cor.

TODOS. (Cantan.)  
¿Y de qué?

UNA. (Canta.)  
Esperen y lo diré:  
De ver una Juaneta,  
Que es bonita y discreta,  
Y sin dinés

Para comprar un gibó,  
Con buen passamín de or,  
En Barcelona.

LAS DOS. (Cantan.)  
Dineros y más dineros,  
En cualquier lengua son buenos.

UNO. (Canta.)  
Pues de los míos dirán  
Los del barrio cortésano,  
Que los guardo en castellano  
Y los niego en catalán.

VOCES. (Dentro.)  
;Mueran los Caderes, mueran!

DON CARLOS.  
¿Qué es aquesto?

DOÑA JUANA.  
;Cielo santo!

FADRI. (Dentro.)  
;Romped las puertas!

SERRALLONGA. (Dentro.)  
Mi fuego  
Hará ceniza del mármol.

Sale EL VEGUER.

VEGUER.  
¿Qué haceis en fiestas, Caderes,  
Cuando vienen convocados  
De ese fiero Serrallonga  
A daros muerte los Narros?

DON CARLOS.  
¿Qué haremos? porque los más  
Casi sin armas estamos.

VEGUER.  
Procurad hacerlos fuertes,  
Mientras yo a convocar salgo  
La gente de Barcelona  
Por ese postigo falso  
De la quinta.

SERRALLONGA. (Dentro.)  
;Mueran todos!

DOÑA JUANA.  
Las puertas echan abajo.

DON CARLOS.  
Pues las armas que pudieren  
Busquen todos; y muramos.  
(Vanse.)

Salen SERRALLONGA, DON BER-  
NARDO, FADRI Y BANDOLEROS.

FADRI.  
Ninguno quede con vida.

SERRALLONGA.  
No los perdoneis, soldados,  
Aunque sin armas estén,  
Que no es cortés el agravio.

FADRI.  
;Mueran todos!

SERRALLONGA.  
;Todos mueran!

Riñen, éntranse acuchillando, y sale  
DON CARLOS herido y sin espada.

DON CARLOS.  
;Amparadme, cielos santos!

DON BERNARDO.  
Este es don Carlos Torrellas.

SERRALLONGA.  
Pues muera el traidor don Carlos.

DON CARLOS.  
Sin espada estoy y herido;  
Mas desta sangre me valgo.

Huye don Carlos, y al ir tras él Ser-  
rallonga, sale DOÑA JUANA, y le  
detiene.

SERRALLONGA.  
;Muere, traidor!

DOÑA JUANA.  
Ten la espada.

SERRALLONGA.  
¿Cómo detienes mis pasos,  
Mujer?

DON BERNARDO.  
Mátale.

SERRALLONGA.  
¿Quién eres?

DOÑA JUANA.  
No le mates, que es mi hermano.  
(Quítase la mascarilla.)

SERRALLONGA.  
;Válgame el cielo! ¿Qué miro?

DON BERNARDO.  
¿Cómo suspendes el brazo?

SERRALLONGA. (Ap.)  
;Hermana de mi enemigo  
Es mi dama? ;Extraño caso!

DON BERNARDO.  
Dale muerte.

DOÑA JUANA.  
No le mates.

DON BERNARDO.  
Yo te incito.

DOÑA JUANA.  
Yo le amparo.

DON BERNARDO.  
Mira que ese es mi enemigo.

DOÑA JUANA.  
Mira que aqese es mi hermano.

DON BERNARDO.  
Tu padre soy.

DOÑA JUANA.  
Yo tu dama.

DON BERNARDO.  
En mi te llama tu agravio.

DOÑA JUANA.  
En mi te llama tu amor.

SERRALLONGA. (Ap.)  
;Fuerte empeño! ;Dulce halago!

DON BERNARDO.  
¿Qué eliges?

DOÑA JUANA.  
¿Qué escoges?

SERRALLONGA.  
Digo...

DON BERNARDO.  
¿No te arrojas temerario?

DOÑA JUANA.  
No te determines ciego.

DON BERNARDO.  
Mi honor tienes en tu mano.

DOÑA JUANA.  
Mi amor está en tu elección.

DON BERNARDO.  
Yo te irrito.

DOÑA JUANA.  
Yo te aplaco.

DON BERNARDO.  
¿Estas eran las promesas?

DOÑA JUANA.  
¿Estos eran los halagos?

DON BERNARDO.  
¿No te muevo?

DOÑA JUANA.  
¿No te obligo?

DON BERNARDO.  
Quédate para hijo ingrato.

DOÑA JUANA.  
Quédate para hombre infame.

SERRALLONGA.  
Amor, honor, esperaos.

DON BERNARDO.  
¿Qué resuelves?

DOÑA JUANA.  
¿Qué respondes?

SERRALLONGA.  
Que el amor... pero es agravio;  
Que el honor... pero es crueldad;  
Que un padre... mas soy ingrato;  
Que una dama... mas soy vil.

Oh, quién pudiera en dos casos,  
Haciendo dos de sí mismo,  
Matarle con la una mano  
Y ampararle con la otra  
Para obedecer a entrambos!

¿Pero qué dudo? ;Qué espero?  
Este es el medio más sabio.  
Esto elijo. Esto resuelvo.

VOCES. (Dentro.)  
;Dentro están todos, matadlos!  
;Preudedlos, los Narros mueran!

Sale FADRI.

FADRI.  
¿Qué esperais? ;¿a qué aguardamos,  
Cuando toda Barcelona  
A prendernos se ha juntado?

VOCES. (Dentro.)  
;Mueran los Narros!

FADRI.  
Ya llegan.

SERRALLONGA.  
Pues recoge tus soldados,  
Y al monte por medio dellos.

FADRI.  
Dices bien.

SERRALLONGA.  
Pues embistamos.

Salen EL VEGUER, DON CARLOS  
Y GENTE.

VEGUER.  
;Aqui están, matadlos, mueran!

SERRALLONGA.  
;Oh perros, yo solo basto!

FADRI.  
Un rayo será mi acero.

SERRALLONGA.  
Ved que esta espada es un rayo.

Entranse acuchillando, y salen SER-  
RALLONGA Y DOÑA JUANA por una  
puerta, y por otra FADRI Y BANDO-  
LEROS.

SERRALLONGA.  
Ven conmigo.

DOÑA JUANA.  
Ya te sigo.

SERRALLONGA.  
Aunque sin alma.

Pues vamos.

FADRI.  
¿Serrallonga?

SERRALLONGA.  
Sí, yo soy.

FADRI.  
¿Y tu padre?

SERRALLONGA.  
Ya está en salvo,  
Que nadie le ha conocido.

FADRI.  
¿Qué esperas? Sigue mis pasos.

SERRALLONGA.  
Al monte.

FADRI.  
Al monte.

SERRALLONGA.  
¿Qué temo

Si llevo al sol en mi amparo?

DOÑA JUANA.  
;Ay amor, en qué me has puesto!

FADRI.  
;Oh amistad, cuánto te pago!

SERRALLONGA.  
Yo haré que se acuerde el mundo,  
A pesar de mis agravios,  
Del Catalan Serrallonga,  
Los Caderes y los Narros.

JORNADA SEGUNDA.

(DE DON FRANCISCO DE ROJAS.)

Sale DOÑA JUANA, sola.

DOÑA JUANA.  
;Ah de las grutas del monte!

;Ah de ese encendido escollo  
Que en el brasero del sol  
Se está acrisolando rojo!

Bandidos de esas montañas,  
Ciudadanos de estos polos,  
De quien es madre la envidia,  
Y de quien es padre el ocio;

Los que habeis prevaricado  
Por vuestro coraje solo  
De la virtud y obediencia  
Los estatutos heroicos.

Errados jueces, sí, errados,  
Pues cuando falta el soborno  
A las culpas de pobreza  
Dais la sentencia de plomo;

Bandidos, pues, que heredasteis  
La crueldad por patrimonio,  
Y los que sobrando el mundo  
Aun no cabeis en vosotros;

Bandidos, digo otra vez,  
Desleales, codiciosos,  
A la voz del oro atentos,  
A la de mi llanto sordos,  
Juana os llama.

Salen por distintas partes CUATRO  
BANDOLEROS Y ALCARAVAN.

UNO.  
A tu voz salgo.

DOÑA JUANA.  
A pediros...

OTRO.  
Ya te oigo.

DOÑA JUANA.  
Que me ayudeis...

OTRO.  
Pues ¿qué quieres?

DOÑA JUANA.  
A sentir...

OTRO.  
Tu pena ignoro.

DOÑA JUANA.  
El mayor mal...  
UNO.  
Ya le aguardo.  
DOÑA JUANA.  
Que han llorado humanos ojos.  
UNO.  
Por tí le vengo á sentir.  
Sale FADRI.  
FADRI.  
Yo tambien por tí le lloro.  
DOÑA JUANA.  
Pues estadme ahora atentos.  
TODOS.  
Ya estamos atentos todos.  
DOÑA JUANA.  
Yo soy aquella matrona  
Cuya fama y nombre heroico  
Grabado tienen á un tiempo  
Las cortezas de esos troncos.  
La que de mi amor llevada,  
Mi honor antiguo pospongo  
Por seguir de una pasion  
Los impulsos amorosos.  
Yo, con vuestro capitan,  
Habrá seis años que corto  
Contra el miedo las montañas  
Y contra el temor los sotos.  
La que adora á Serrallonga,  
La que por su gusto solo  
Me privo de mi razon  
Y á la suya me antepongo.  
Aqui lista á la malicia,  
Aqui codiciosa al robo,  
Son objetos de mis iras  
Cuantos arbitran mis ojos.  
La crueldad es mi ejercicio,  
La muerte mi desenojo,  
La impaciencia es mi piedad  
Y mi perdon los oprobios.  
Si dulce para halagarme  
Se allana el manso fabonio,  
Con mi fuego á su cariño  
Le retrocedo los soplos.  
Si el cierzo en los riscos brama,  
A este sí que le perdono,  
Pues lo que hiciere de airado  
Me agasaja por furioso.  
Si bajo sedienta al prado,  
Sangre represada sorbo,  
Que en las tazas de las flores  
Brinda la crueldad del soto.  
Si hambrienta busco alimento,  
Plantas racionales corto,  
Y con salvas de sus quejas  
Mal disfrazadas, las como.  
En la fragua de mi pecho  
Bronce más nuevo me forjo;  
Bronce y cera de un compuesto  
Tan contrario lo uno de otro,  
Que sólo aquesta disculpa  
Le estoy consultando al odio;  
Para mi amante es la cera,  
La dureza para todos.  
Este, pues, á quien venero,  
Este, pues, á quien adoro  
Por galan sin artificio,  
Pues al descender airado  
Se cae bien sobre sí mismo  
Gigante de esos escollos.  
Este há que falta dos días,  
Y vagando los contornos  
De esas montañas, que asaltan  
Con impulso belicoso  
Por escalas de peñascos  
Los azules promontorios;  
No ha habido en el campo aprisco;

Ni gruta en el monte umbroso  
Que no examine mi afecto  
Antes mucho que mis ojos;  
Resucitarle á bramidos,  
Cuando perdido le lloro,  
Leona de más valor,  
Intento con mis sollozos.  
Si le llamo, con mis quejas  
El eco del monte propio,  
Como no encuentra el objeto  
Me vuelve su nombre solo.  
Él falta, y prenderle quieren;  
Y si vive, yo lo ignoro;  
Si preso, ¡qué gran desdicha!  
Y si perdido, ¡qué enojo!  
Ea, soldados valientes,  
Hijos que ha abortado el oro,  
Si valientes podeis ser  
Cuando vivis codiciosos,  
Al poblado, al monte, al llano,  
Averiguad los contornos;  
Al soto, al valle, á la selva,  
Requerid sauces y chopos;  
Al riesgo, al daño, á la herida,  
Posponed lo temeroso;  
Y si la gran Barcelona  
Que el mar sitia, airado monstruo  
A quien asaltando él mismo  
El mismo sirve de foso,  
En las cárceles le ocultá,  
¡Oh cómo os espero! ¡oh cómo  
A la venganza resueltos,  
Si ántes astutos al robo!  
¿En dos días descuidados,  
Sin el capitan heroico  
Que os gobierne los despachos  
Y que os corrija los odios,  
Estáis y no le buscáis?  
Vuestros intentos conozco,  
Que como por libertad  
Sois desta montaña asombros,  
Esa poca sujecion  
O aquel debido decoro  
Que le guardais por mayor  
Os viene á servir de estorbo.  
Pues mirad que os amenazo  
En desenfundados soplos  
Con el fuego de mis iras  
A quien mi amor pone coto.  
Ea, gran Fadri de Sau,  
Sostituye el cetro tosco  
Deste imperio, donde son  
Los ciudadanos los troncos,  
Los edificios los montes,  
Las grutas retiros sordos,  
Esas cisternas sepulcros  
Y los riscos mauséolos.  
Si me ayudais, ¡qué leales!  
Si no venis, ¡qué ambiciosos!  
¡Qué fieles si le buscáis!  
¡Qué alevos si perezosos!  
Ahora os he menester:  
La luz que alumbró mis ojos,  
Puesta en el blandon del alma  
Apagó violento noto:  
La flor que regó mi llanto  
En dos líquidos arroyos,  
La hoz, segur de las plantas,  
Segó su verde cogollo.  
El original mejor  
Que dibujó el pintor docto,  
Sólo se ha quedado en copia  
En un lienzo de mi rostro.  
Vamos buscándole, amigos,  
Haced el nombre famoso  
Para que el mundo os celebre,  
La pluma os escriba elogios.  
Solicítadle, llamadle  
Con cariños amorosos,  
Para que la fama os cante  
En el contrapuesto polo.  
Ayudadle, socorredle

Con el acero y el plomo,  
Porque el nombre de bandidos  
Le troqueis en generosos.  
Pagaréis mi ruego á un tiempo,  
Deberos la vida en otro,  
Dareis glorias á la fama,  
Al valor blason heroico,  
Inmortalidad al pecho,  
Eternidad á mi esposo;  
Y, en fin, cumplireis á un tiempo  
Con él, conmigo y vosotros.

FADRI.  
Belona desta campaña,  
Vénus de más osadia,  
Pues añades cada día  
A cada rayo una hazaña;  
Yo, que soy su fiel amigo,  
Y Acates segundo soy,  
A correr el campo voy,  
Y que he de buscarle, digo,  
Aunque le guarde y oculte  
El más distinto lugar,  
O ya le hospede la mar  
O ya el monte le sepulte;  
Y pues que con bizarría,  
Con amistad y con fe  
Yo propio me reformé  
Por darle mi compañía,  
A sustituirle vuelvo,  
Y colérico y osado,  
En desierto y en poblado  
A buscarle me resuelvo.  
Ea, soldados y amigos,  
Buscad vuestro capitan.

UNO.  
Hoy estos montes serán  
De nuestro valor testigos.

FADRI.  
Si preso el valor le halla,  
Asaltará mi pasion  
Del Babel de la prision  
La diamantina muralla.

OTRO.  
Si perdido le examino  
O le averiguo ignorado,  
Será para mi cursado  
El más remoto camino.

ALCARAVAN.  
Y yo si le puedo hallar,  
Pues criado vengo á ser,  
Donde le pueda vender  
Me pretendo enciadar.

FADRI.  
Pues buscadle.  
TODOS.  
Ya esperamos.

FADRI.  
Seguidme.  
TODOS.  
Ya le seguimos.

FADRI.  
Nuestro capitan perdimos.  
DOÑA JUANA.  
Vamos á buscarle.

TODOS.  
Vamos.  
FADRI.  
Y nuestro afecto disponga.

DOÑA JUANA.  
Al coraje nuevos brios.  
TODOS.

¡Al monte!  
Baja SERRALLONGA, herido, por un monte.

SERRALLONGA.  
Soldados míos,  
Ya pareció Serrallonga.

FADRI.  
¿Adónde, amigo, has estado?  
DOÑA JUANA.  
¿Dónde, dulce dueño mio,  
Se ha elevado tu albedrio?  
FADRI.  
¿Quién te ha herido y te ha injuriado?  
ALCARAVAN.  
Dinos, ¿dónde te perdiste?  
UNO.  
¿Quién suspendió tu valor?  
OTRO.  
¿Tú el rostro sin su color?  
DOÑA JUANA.  
Y tú, ¿á quién la muerte diste?  
FADRI.  
Esta suspension no sé...  
DOÑA JUANA.  
Sin voz nos dices tu agravio.  
FADRI.  
El suceso diga el labio.

SERRALLONGA.  
Escuchad y os lo diré:  
Iba la antorcha de ese cielo ardiente  
A apagarse en las aguas de Occidente,  
Y la noche emboscada,  
Viendo la luz del día desmayada,  
Con trémulos ensayos  
Les dió asalto de asombros á los rayos:  
Cuando en la falda de ese monte fiero  
Que siempre está cayendo y se está en-

[tero,  
Sobre la yerba que un arroyo baña,  
Hice de un roble tienda de campaña;  
Mullo la hoja de un cortado ramo,  
La capa tiendo y al descanso llamo;  
Apénas desta suerte [te,  
En el sueño empecé á ensayar la muer-  
Cuando al primero paso siento ruido,  
Armome de valor, pongo el oido,  
Habiendo sido en tan felice calma  
El corazón despertador del alma.  
Oigo algunas pisadas en el suelo,  
Yo con mucho valor, mas con recelo,  
Movíendome por ver lo que pasaba,  
Como si no estuviese donde estaba,  
Previendo la mano con el brazo  
(Que hay tiempo en que la mano es em-  
Me finjo más dormido, barazo)  
Y el un sentido acusa á otro sentido.  
Oye, estaban mis ojos desvelados;  
Abiertos á manera de cerrados;  
La ira muy sangrienta,  
La parte del recelo muy atenta,  
Cuidadoso el cuidado, [airado;  
Cuerto el valor, que es más, estando  
Cuando un hombre me mira tan atento,  
Que se estorbaba de su propio aliento.  
Hacia mí se acercaba  
No queriendo pisar lo que pisaba;  
Miróme, y conocióme,  
Volviómé á requerir, pero temióme;  
Hizo una seña, llega alguna gente;  
Cércame uno cobarde, otro valiente;  
Este entiendo cogermé descuidado;  
Aquel teme si acaso he despertado;  
Uno se llega más, otro se tarda;  
Aqueste anima á aquel que se acobarda,  
Y otro á todos reparte y acaudilla;  
Levántome y asusto la cuadrilla.  
Era el Veguer caudillo desta gente;  
Disparo el pedernal, y el plomo ardién-  
Con la pólvora y balas repetidas, [te  
Me quita dos estorbos en dos vidas.  
Corro venciendo voy atropellando;  
Estos á los de arriba están llamando;  
Aquel quiere atajarme y no se atreve;  
Uno me va á embestir, hállole nieve;

Abrázaseme un hombre por un lado,  
Pide socorro, llega otro soldado,  
Y asidos canes á la presa ardientes,  
Se aprovechan de manos y de dientes.  
Mas yo viéndome asido y acosado,  
Me dejo descolgar por un collado  
Que es mi mejor atajo,  
Y asidos fuimos por un risco abajo;  
Pero al llegar al suelo,  
O lo pudo el valor ó quiso el cielo,  
Que sacando un puñal mal satisfecho,  
Vaina le hice de su propio pecho.  
Una fuente, al coral que despedía  
Redujo en rosa la azucena fria.  
Y el cristal que corria por el prado,  
De púrpura se hallaba equivocado,  
Yhelada su corriente al campo ufana,  
Siendo de plata se quedó de grana.  
El otro, pues, que via airado y fiero  
La muerte de su propio compañero,  
Para no me irritar, no me ofendia,  
Detenerme intentaba y no podia.  
Suelto la fuerza toda en ira tanta  
Y esta mano le arrojó á la garganta,  
Y en lugar de ahogarle más sangriento,  
Cinco respiraciones dí á su aliento.  
Agonizando, siempre á mi abrazados,  
Yertos ya, pero nunca escarmentados.  
Puesto este el labio entre la vena fria,  
La sangre que este arroja se bebía;  
Y aunque él por una herida la exhalaba,  
De la sangre de estotro se ayudaba;  
Cólora desasiéndome respiro;  
Desde el alma el otro de un suspiro;  
Dando á entender con ira repetida  
Que el suspirar le mata y no la herida.

Dejo los muertos y el valor avivo,  
Brujuleaba la luz un monte altivo  
Cuya falda de hiedra un rio baña,  
Los brazos levantaba una montaña,  
Y al competir con la mayor alteza,  
Presumen que es soberbia y es pereza;  
Cuando ya por los pobos escondido,  
Le encargué los sentidos al oido:  
Y de recelo, al tiempo que atendia,  
Muchas veces oyó lo que no oia.  
Temerosa mi planta al llano baja.  
Y oigo decir: «¡Al llano! ¡ataja! ¡ataja!»  
Súbome en el copete de una roca  
Y con industria á mi valor no poca,  
Para estar más seguro,  
Foso hago un rio y la montaña muro.  
Asáltame el Veguer con cien soldados  
Los pedernales otra vez cargados,  
Disparo á los primeros que escondian;  
Otros por las espaldas me ofendian:  
A dos hiero, uno mato, otro derribo,  
Y por desear la muerte estaba vivo;  
Quebróseme la espada,  
Pero en guerra tan fuerte y tan trabada  
De algunas peñas pardas  
Hice trabucos, tiros y bombardas. [te,  
Corri un valle, busqué la senda al mon-  
No la hallé, dí la vuelta á otro horizonte,  
Conozco por las señas aquel risco, [co;  
De esas grutas encuentro el verde apris-  
Escúchote que exhortas mis soldados,  
Salen á mi venganza destinados,  
Atájoles el paso, llevo herido,  
Preguntáisme el suceso, hábeisle oido;  
Y pues tengo disculpa á mi tardanza,  
Sólo me falta ahora la venganza.

DOÑA JUANA.  
Vive el cielo cristalino,  
Que es el clarísimo espejo  
Donde el estrellado móvil  
Compone los dos luceros,  
Que hoy á la venganza tuya  
Disciplinando mi afecto  
En la escuela de las iras  
Ha de recitar mi incendio.  
¿Tú herido y yo no vengada?

¿Tú con sangre, y ese centro  
No se anega en el coral  
De tantos humanos cuerpos?  
Yo sola, vive mi amor,  
Que es Dios que rige mi pecho,  
He de salir á la senda  
De aquel levantado cerro.  
No se librárá esta vez  
Ni el cobarde pasajero,  
La fiera que el monte cruza,  
Ave que discorra el viento,  
Arbol, garzota del prado,  
Flor, de la aurora requiebro,  
Que no mueran á mi enojo,  
En mi cólera resueltos,  
Pasajero, planta, flor,  
Arbol, ave y fiera á un tiempo.

SERRALLONGA.  
Valiente hermosura, aguarda;  
Ese enojo, ese despecho,  
Es un impulso no más;  
Yo con tus ojos me templo;  
Ese es repentino asalto,  
Este es sosegado fuego;  
Ese se ataja del aire,  
Este se enciende del viento.  
Poco á poco la venganza  
Tiene seguro el acierto;  
Apresurada la ira,  
Se apaga del mismo efecto;  
Envejecido el dolor  
Cobra fuerza con el tiempo;  
Atropellada la injuria  
Suele producir desprecios;  
Y así, espera, sufre, aguarda,  
Pues ves que aguardo y que espero;  
Que considerar la ofensa,  
Hace más seguro el hecho.

FADRI.  
¿Ahora el enojo templas,  
Cuando ese monte soberbio  
Produce infantes soldados  
Todos en tu seguimiento?  
¿Cuando el duque de Cardona,  
Que preside este gobierno,  
Ofrece dos mil ducados  
A quien te dé vivo ó muerto?  
Ea, empieza tu venganza,  
Solicítate sangriento,  
Obre la crueldad ahora,  
Que tiempo hay para el sosiego,  
Y sirva la sangre de unos  
Para ser de otros ejemplo.

SERRALLONGA.  
Pues tú, Fadri, como amigo,  
Porque cansado me siento,  
Puedes por esas dos sendas  
Vengarme en los pasajeros;  
Pero no, tráemelos vivos,  
Ser yo quien los mate quiero,  
No es venganza la venganza  
Hecha por impulso ajeno.

DOÑA JUANA.  
Oyes, cúbreles el rostro,  
Que enternecerme no quiero,  
Pues cuando lágrimas miro,  
Muchas veces me enternezco.

FADRI.  
Pues yo voy.  
SERRALLONGA.  
Oyeme, amigo:  
(Ap. Yo estoy con mucho recelo,  
Que por oro y libertad  
No me venda algunos destos).

FADRI.  
Argos seré de tu vida.  
SERRALLONGA.  
Yo tu amigo verdadero.